

La **P**eseta de **B**irlibirloque

LUCÍA BAQUEDANO



*A Carlos, Álvaro,
Diego, Íñigo y Pablo.*

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Antonio Perera



Coordina la colección
Esperanza Fabregat

Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación
Covadonga del Rosal

Impresión
Brosmac, S.L.

Depósito Legal: M-

ISBN: 84-952-8002-7

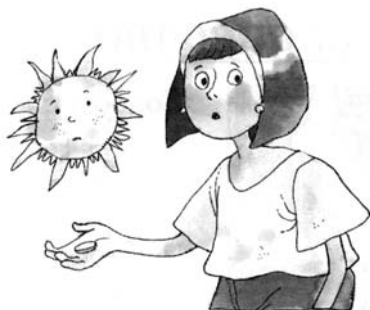
© Lucía Baquedano

© de la edición en castellano
DYLAR Ediciones

Alcántara, 8, 2º. 28006 Madrid

Tel.: 91 435 29 28

Fax: 91 435 74 81



La **p**eseta de **B**irlibirloque

LUCÍA BAQUEDANO

 **DYLAR**
ediciones

Lucía Baquedano



¿Conoces a la autora?

Nació en Pamplona, el 18 de diciembre de 1938. Como ya de niña le gustaba mucho leer cuentos, seguramente por eso se aficionó a escribirlos, y a leer y a escribir dedicó la mayor parte de su tiempo libre. En 1981 publicó la novela juvenil «Cinco panes de cebada» y «La peseta de Birlibirloque» es su obra número doce.

Ha ganado varios premios: el Barco de Vapor concedido a «Fantasmas de día» en 1986, el de la CCEI a «La Casa de los Diablos» en 1993, y el Librerio a «Me llamo Pipe» en 1995.

Rellena tu ficha



La autora de «La peseta de Birli-
birloque» se llama

..... y nació en

De niña le gustaba mucho

....., por eso se
aficionó a

Ha publicado libros. El
primero fue
en el año



Birlibirloque se pone de moda

Aunque Birlibirloque siempre ha sido muy nombrado por su arte, muy pocos saben dónde está, ni que es un pueblecito bellísimo, con sus veinte casas, su iglesia estilo gótico, su puente romano, ni que su plaza tiene una fuentecita en el centro y seis acacias hermosísimas.

Sus gentes siempre vivieron felices, dedicadas a la agricultura y la ganadería, hasta que un día, decidieron irse.

Birlibirloque sabía que no era el único pueblo deshabitado, pero eso no le consolaba nada, ya que nunca le gustó estar abandonado, por ser animado, jolgorioso, amante de la diversión

y el bullicio, y el ver sus casitas solitarias, le daba tantas ganas de llover, que se pasaba la vida derramando abundantes chaparrones, que hacían crecer las flores, la hierba y lozaneaban los árboles cada vez más robustos de sus alrededores.

Sin embargo, eso de la moda es imprevisible. Birlibirloque lo comentaba más de una vez con Santaspascuas, el pueblo de al lado, con quien mantenía buenas relaciones de vecindad.

Resultó que sus habitantes se fueron a la ciudad porque allí se aburrían. No les gustaba la tranquilidad y ansiaban el movimiento de la gran ciudad, los cines y los alimentos congelados o precocinados, y de pronto, años después, cuando ya Birlibirloque no lo esperaba, comenzaron a regresar buscando paz, tranquilidad, silencio y alimentos naturales.

Fue Silvano, el nieto de Sebastián, quien volvió a descubrir el pueblo, aquel día que fue en busca de la tabaquera de su abuelo, que se había

puesto pesadísimo diciendo que tabaco como el que él mismo cultivaba en el huerto y secaba colgando en las vigas del desván, no se encontraba en la ciudad.

Resultó que tanto el de la tabaquera como las hojas del desván se habían enmohecido, pero fue la causa de que Silvano se fijara en el puente romano y en la plaza de las seis acacias.

Como era arquitecto y tenía imaginación y vista para los negocios, le bastó cerrar un momento los ojos para ver a Birlibirloque como realmente es: no precisamente una belleza, pero que, bien arreglado, podría resultar.

—¡Decidido! —dijo en voz alta aunque nadie le escuchaba, dando a la vez una patadita en el suelo. E imaginó la futura publicidad:

BIRLIBIRLOQUE, ALDEA DE
ENSUEÑO, DONDE SÓLO SE OYEN
LOS TRINOS DE LOS PAJARITOS.

Como decía antes, eso de la moda es imprevisible. Ahora todos sueñan con

huir de la ciudad, y las gentes comenzaron a habitar Birlibirloque, encantadas con la paz que allí se respira. Al principio fue el propio Silvano con su familia, abuelo incluido, que lo primero que hizo fue acotar un trozo de su huerto para plantar tabaco.

Llegó después Pablo el pintor, que instaló su estudio en el desván de su casa, que estaba provisto de una lindísima chapitela.

Más tarde fueron Manolita, Raúl el panadero que trabajaba de noche y dormía de día, Abelardo y su familia, Antón Salinas el alfarero, y tantos otros, que fueron ocupando todas las casas.

Con todo este trasiego de vecinos, cualquiera pensaría que Birlibirloque estaría encantado, ¿verdad?

Pues no lo estaba. Y no lo estaba, porque Birlibirloque parecía tan triste y abandonado como en los años anteriores, ya que cada familia que allí se instalaba, iba tan ansiosa de paz, que se encerraba en su casa y no salía de ella más que para ir al trabajo.

Las huertas fueron convertidas en jardines y cercadas, impidiendo así que los vecinos pudieran verse unos a otros cuando regaban las flores, cortaban el césped o podaban los setos, momentos tan apropiados para expansionarse en agradable conversación con el vecino de la casa de la derecha, o el vecino de la casa de la izquierda. Ni siquiera llegaron a conocerse unos a otros, ya que marchaban a su trabajo en automóvil y las pocas amas de casa hacían su compra semanalmente en el hipermercado. Ya no se montaban aquellos atractivos mercados de los jueves en la plaza, y por tanto no había ocasión para que aquellas mujeres se conocieran y charlaran de sus cosas.

La verdad es que Birlibirloque tuvo alguna esperanza con doña Manolita, cuando la vio salir de su casa muy temprano calzando sus zapatos de tacón alto. A Birlibirloque le encantaban las señoras que usan tacones altos, porque hacen tap, tap, tap, al andar, y ese tap, tap, tap, hace las delicias de un pueblo silencioso.

Doña Manolita recorrió taconeando el caminito enlosado que llevaba de la casa a la cerca, donde estaba instalado el buzón, y recogió el periódico, pero debió de quedar tan asustada del ruido de sus zapatos, que miró prudentemente a su alrededor y deshizo lo andado caminando de puntillas, y con un gesto de determinación en su agradable semblante.

Pasó toda la tarde en su jardín, sentada en un sillón y tejiendo algo con una lana de color malva. Birlibirloque pensó más tarde que debería haberse imaginado la labor que saldría de las manos de doña Manolita, pero no lo hizo. Puro despiste, la verdad.

A la mañana siguiente los estrenó cuando salió a recoger el periódico. Eran unos patucos de ganchillo que no producían el menor ruido al andar. Un verdadero asco.

Perdida ya la esperanza de que doña Manolita a fuerza de taconeos llamara la atención de doña Asunción su vecina, de que ésta se asomara a la puerta

para preguntarle si en el diario venía alguna noticia de interés, de que doña Manolita le dijera que nada de particular, pero que se había fijado en sus rosales y que no había visto nunca cosa igual, motivo más que suficiente para iniciar una buena amistad entre dos mujeres que, Birlibirloque estaba seguro, por fuerza iban a llevarse de maravilla.

Y era una lástima, porque conforme iba conociendo a aquella gente, se iba convenciendo de que allí había buen material como para hacer de él un pueblo como deben ser todos los pueblos, pero la cosa estaba difícil. Baste decir que no hablaban entre ellos ni siquiera de los problemas de la comunidad de vecinos, porque don Silvano, tan celoso de la paz de Birlibirloque, había convertido la antigua escuela en oficina y había nombrado un administrador que era quien se ocupaba de la buena marcha del pueblo, lo que le daba muy poco trabajo.

Una vez escribió una carta que envió a todas las familias solicitando suge-

rencias para la creación de un centro recreativo, y se quedó muy sorprendido con la respuesta, ya que todos se habían pronunciado por una biblioteca. La razón que dieron para esta elección fue también unánime: en las bibliotecas es obligado el silencio.

Con esta perspectiva, no es de extrañar que Birlibirloque mirara a los nuevos inquilinos de la casa rosa con cierta expectación. Tenían dos niños, y dos niños son capaces de cambiar la vida de un pueblo, aunque fuera un pueblo apacible y silencioso como Birlibirloque.

